

Murió D. Alonso Núñez de Haro y Peralta el día 26 de Mayo del año 1800, y el general sentimiento que causó su muerte vino á concentrarse en la catedral y en su Cabildo, que determinó honrar la memoria de este prelado como lo exigían las prendas que le adornaron. No obstante que él, modesto hasta el momento de morir, encargó que se omitiesen en su entierro las pomposas solemnidades que para semejantes casos prescriben el Pontifical Romano y los Estatutos de esta Iglesia Metropolitana, su Cabildo no lo hizo así y, lejos de omitir ninguna, dió á todas mayor pompa que la usual.

Lo primero que ocurrió al embalsamarle, aunque no por disposición del Cabildo, sí con su consentimiento, fué que tres porciones de sus entrañas, igualmente embalsamadas, fueron enviadas á los conventos de Santa Teresa la Antigua, de Capuchinas de Guadalupe y Colegio de Belén, porque así lo pidieron con instancia sus comunidades.

Preparado el cadáver del Arzobispo difunto y vestido, era costumbre exponerle en el salón principal de su propio palacio; esto se hizo con el del Sr. Haro; pero en este salón estaba dispuesto, bajo magnífico dosel, un majestuoso féretro, cubierto con un lienzo de campo morado y flores de oro, sobre el cual, por cuanto el ilustre difunto había sido Caballero Gran Cruz de la Real y distinguida Orden española de Carlos III, se tendió el manto de dicha Orden. Por idéntica razón se le puso en el pecho, abajo del pectoral, la más rica y vistosa cruz de la misma Orden, de cuantas tenía. Colocado el cuerpo en aquellas andas, se le puso encima el báculo, casi formando cruz con el bastón de Capitán general, porque aunque desempeñó el cargo de Virrey tres meses, por real cédula se le concedió perpetuamente el título de Capitán general, con los honores correspondientes. Y como él era noble por su familia, á los pies se le puso un paño de terciopelo negro, de dos varas en cuadro, en cuyo centro estaban bordadas sus armas gentilicias. Ningún cambio se hizo en lo demás: cuatro hacheros con hachas de 12 libras cada una y 6 blandoncillos con cirietes de 4, rodeaban el féretro, y hacia los pies, no lejos, estaba la cruz arzobispal y un reclinatorio con tapete de terciopelo morado, con almohada de lo mismo, y encima la mitra. “En el mismo salón se erigieron siete altares, seis para misas rezadas, y el principal para cantadas, que por turno desempeñaron, dando principio, el Venerable Cabildo, Parroquias y Religiosas Comunidades: y aun se providenció, para dar lugar á todos, que algunos Cuerpos cumpliesen esta obligación en otras Iglesias.”¹

¹ Relación || de la || Fúnebre Ceremonia y Exequias || Del Ilustrísimo y Excelentísimo Señor Doctor || Don Idefonso Núñez || De Haro y Peralta. —Dispuesta por un Presbítero de este Arzobispado || de orden y por man-

Se montó la guardia de Capitán general con dobles centinelas en las puertas del palacio y en el salón en que estaba el cadáver, y otros se repartieron á los extremos de la escalera y á los lados del féretro.

Había establecido la costumbre, y aún las reglas de la etiqueta, que para estos casos se reunieran en el Palacio de los Virreyes, con el Virrey, la Audiencia y todos los tribunales, á saber: el de Cuentas, con los oficiales reales, el del Consulado y el del Protomedicato; la Universidad y la Ciudad. De allí pasaban al Palacio Arzobispal, en cuya puerta eran recibidos por una comisión de la Curia Eclesiástica, y conducidos al salón del duelo, en donde los esperaba el señor Deán, como principal doliente; después se organizaban en procesión, y en esta forma conducían el cadáver á la iglesia. Todo esto se hizo para el entierro del Sr. Haro en la mañana del día 29, comenzando á las ocho y media; pero en esta ocasión el cortejo fúnebre fué mucho más numeroso que siempre, porque á los asistentes de oficio se agregaron otros muchos del estado llano y de la nobleza, que por cariño al difunto quisieron acompañarle á su última morada. La procesión, que de ordinario iba directamente del arzobispado á la catedral, ó á lo más daba vuelta al rededor de la iglesia, en esta vez se extendió hasta la calle de la Encarnación, y previa consulta y aprobación del Virrey, se cubrió toda la carrera de ella con la vela que servía para la procesión del Corpus. Pusiéronse, además, en el tránsito, cinco posas, en cada una de las cuales se cantó un responso, y estuvieron, en la esquina del Arzobispado y Seminario la primera, dos en los extremos de la calle de la Encarnación, la cuarta en el Empedradillo y la última frente á la puerta mayor de la fachada de la catedral, por donde entró el acompañamiento.

“Abría paso á la procesión un destacamento de artilleros, con cuatro Cañones de campaña sobre sus cureñas, que iban arrastrados por cuatro Mulas enlutadas, y seguidas de cuatro Caballos despalmados, con caparazones negros, y un Escudo de Armas, que lo era del objeto del luto. Continuaba una Compañía de Granaderos del Comercio, capitaneándola á caballo, con espada en mano, el Señor Coronel del Regimiento de Toluca, con su Teniente Coronel y Sargento Mayor. Seguían en su orden debido, y con sus respectivas Insignias, Parcialidades, Cofradías, Ordenes Terceras, Sagradas Religiones, Cruces Parroquiales, copiosísimo Clero, Congregación de San Pedro, Curia Eclesiástica, Colegio de Infantes, Capilla de Catedral, Capellanes de Coro, Curas urbanos, y algunos foráneos, quatro Pajes del Exmo. Señor Virrey, y otros tantos del Exmo. Difunto, todos con hachas de quatro pábilos en

dato || Del Ilustrísimo Sr. Arcediano y Cabildo.—Impresa en México en la oficina de D. Mariano José Zúñiga y Ontiveros.—Año de 1802.

“mano; y últimamente el Illmo. Cabildo, con capuces de luto, entre cuyos individuos iba el cadáver. El Real y Tridentino Seminario, arrastrando Beca, principiaba el numeroso Cuerpo de Duelo, que continuaba el Protomedicato, Consulado, Universidad con Borlas y Capelos volteados, Nobilísima Ciudad, Caballeros, Oficialidad, Tribunal de Cuentas, Real Audiencia, y el Exmo. Señor Virrey. Cerraban el acompañamiento el Regimiento Urbano de esta Capital, un Esquadrón de Dragones de México, la Estufa del Exmo. Señor Virrey, y la que servía al Exmo. Señor Difunto, enlutada con finísimo gusto, y con tal arte y primor, que se arrebató la común admiración. Se colocó el respetable Cadáver en un magnífico Túmulo de cinco cuerpos, todo cubierto de tafetán morado, con galones de oro, que se había preparado en el crucero de la Catedral, baxo de su cúpula, y hermosamente iluminado con noventa y seis luces, en otros tantos hacheros y blandones de plata. Luego que entró la noble Comitiva en la Iglesia, comenzó una solemnísimas Vigilia, y á ésta siguió inmediatamente la Misa, que cantó el Señor Dignidad Maestrescuela (hoy Arcediano) Dr. D. Juan Francisco de Campos, ministrándole de Diácono el Señor Prebendado Dr. D. Ciro de Villaurrutia, y de Subdiácono el Señor Prebendado Lic. D. Francisco Ignacio Gómez de Pedroso. Concluida la función, después de la una y media, con el oficio de sepultura y último Responso, conducido el Cadáver en hombros de Sacerdotes de la Venerable Congregación de San Pedro, al Sepulcro de en medio, de los tres labrados en el pavimento del Presbiterio, para los Prelados de esta Santa Iglesia, y hecha la solemne entrega de la Cruz Arzobispal al Señor Secretario de Cabildo, pasó el Exmo. Señor Virrey con todos los Tribunales, al Palacio Arzobispal, y recibido en la Sala de Duelo, arengó á los Señores Dolientes y Familiares, con las más vivas demostraciones de amargura por el funesto suceso: lo que cumplido, y acompañado de la Curia Eclesiástica, Dolientes y Familiares hasta la puerta de la calle se restituyó á su Palacio.”

Costumbre era también señalar después del entierro un día en que lo permitiera el rezo, para celebrar oficio de difuntos en honor del prelado fallecido, y el Deán y Cabildo señalaron la tarde del 23 y la mañana del 24 del mes de Noviembre próximo para llenar este deber con el Sr. Haro. Encomendóse al célebre arquitecto D. Manuel Tolsa que hiciera un catafalco, y le hizo magnífico. Omitimos su descripción porque es el mismo que sirvió en las honras del Sr. Iturbide, y que muestra la estampa que las acompaña: pero en su adorno hubo de particular en esa ocasión, que en cada uno de los cuatro frentes del segundo cuerpo había dos jeroglíficos descifrados por

poesías, cuatro latinas y cuatro castellanas, en que se referían por orden histórico los principales pasajes de la vida del prelado hasta su llegada á México. En los cuatro ángulos de este cuerpo sobresalían cuatro basas, sobre las cuales se levantaban cuatro grandes estatuas que representaban, la una la *Mansedumbre*, la otra la *Concordia*, la tercera la *Liberalidad* y la cuarta la *Urbanidad*; parecían de mármol blanco y tenían dorados los atributos que significaban su carácter. Cada estatua tenía una tarja blanca en que se leía un soneto alusivo á la virtud representada en ella, y bajo la tarja tres jarrones imitando el jaspe rosado, cada uno con un cirio de 8 libras.

Los cuatro netos del tercer cuerpo, en sus frentes estaban ocupados por cuatro odas latinas en loor de otros tantos hechos de los más señalados en la vida del Prelado, que fueron: la casi total reparación del Colegio de San Miguel de Belén, la fundación del convento de religiosas capuchinas en la Villa de Guadalupe, la del Hospital general de San Andrés y, finalmente, la del retiro voluntario para sacerdotes, en el pueblo de Tepozótlan, en el edificio que había sido colegio de los Padres de la Compañía de Jesús. En el medio de este cuerpo había un ataúd con el busto del difunto.

En los frentes de la pirámide de este cuerpo se leían en cuatro lápidas dos poesías latinas y dos castellanas, que celebraban la *Humildad*, la *Prudencia*, la *Misericordia* y la *Fortaleza*, virtudes que resplandecieron en la vida del Sr. Haro, y sobre cada lápida un escudo de sus armas en bajo relieve. Por remate de la pirámide se puso una urna cineraria, cubierta con un paño y encima la cruz arzobispal. Mil cuatrocientas cincuenta luces iluminaban este complicado catafalco. En su gran zócalo se habrían puesto epitafios, según costumbre, pero acatando la voluntad del Arzobispo, se omitieron, colocando en el frente que daba al altar mayor el que él mismo dictó, y dice: *Hic jacet Alphonsus, peccator, pulvis, nihil*; que significa: *Yace aquí Alfonso pecador, polvo, nada*. El precepto, sin embargo, no fué tan religiosamente observado que no se pusiera, como en boca de México, en el lado opuesto, un epitafio latino, que compendia las alabanzas que en estatuas, en jeroglíficos y en letras, se hallaban esparcidas en el túmulo.

Hechos los preparativos comenzaron los dobles en la iglesia matriz el día 23 al medio día, y se repitieron en todas las demás iglesias de la ciudad. Cosa de las cinco de la tarde, concluido el rezo en el coro, salieron del Real Palacio en sus coches, la Real Audiencia,¹ los Tribunales, la Ciudad y la Universidad: llegando á la puerta del Palacio Arzobispal hallaron esperando á la Curia Eclesiástica, fami-

¹ Ni el Virrey ni el Regente de la Audiencia asistieron á estas honras, porque estaban quebrantados de salud.

liares del difunto y dolientes, y todos en sus respectivos coches se dirigieron á la catedral. Luego que tomó asiento la comitiva entonó el coro, notablemente aumentado con músicos y cantores, una solemne vigilia, y concluída, subió al púlpito el Prebendado Dr. y Maestro, D. José María del Barrio, nombrado para pronunciar un panegírico latino.

La mañana siguiente, con las mismas formalidades del día anterior, se reunió de nuevo la comitiva y fué á la catedral. Una vez allí, comenzó la misa, y concluída, hizo el panegírico del difunto, en una oración castellana, el Canónigo Magistral, Dr. D. Gaspar González de Cándamo. Después de ella, se dió fin á la solemnidad fúnebre con los cinco responsos acostumbrados, que cantaron tres Dignidades, que fueron: el Arcediano, el Maestrescuelas y el Tesorero; y dos Canónigos, uno de ellos el Lectoral.

No fueron menos suntuosos los funerales del Illmo. Sr. Labastida, si bien es cierto que les faltó el brillo que añadía á estos actos la presencia de las autoridades civiles, así en el tiempo del virreinato como en el de la República, antes de que se separaran la Iglesia y el Estado; pero en lo puramente eclesiástico poco dejaron que desear. Muerto el Arzobispo en la hacienda de Oacalco, allá comenzaron los sufragios por su eterno descanso y sus honores fúnebres: al amanecer del día 5 de Febrero, el P. Orozco celebró la primera misa de cuerpo presente, en la capilla de la misma hacienda, y la segunda fué cantada por el Sr. Cura de Yautepec, Pbro. D. José M. Méndez, oficiando de Diácono el P. Orozco y el Subdiácono Sr. Madrigal.

Varios telegramas esparcieron la triste nueva por la ciudad y la trasladaron á diversas partes dentro del país y á Roma. Uno especial vino dirigido á D. Ignacio de la Torre y Mier por el Sr. D. Rafael Ortiz de la Huerta, hijo, suplicándole que pusiera el suceso en conocimiento del señor Presidente de la República. Dispúsose en el día que en un tren especial del camino de fierro Interoceánico salieran el Secretario de la Mitra, Lic. D. Joaquín Arcadio Pagaza, el P. Mora, Secretario de Visita del señor Arzobispo, otras personas con diversos encargos y el médico, Sr. Villagrán, llevando los útiles para embalsamar el cadáver. Partió este tren entrada la noche y llegó á Yautepec á las tres y media de la madrugada; de allí pasaron á la hacienda en coches, y cada uno de los llegados se encargó de su comisión respectiva. Gastóse el día en esto, y en la noche salió de la hacienda la comitiva fúnebre conduciendo el cadáver. Este, después de embalsamado, había sido puesto en una caja de hierro en presencia del Juez de Yautepec, quien puso su sello, en las junturas de la caja. Las personas que de México habían ido, los dueños de la

hacienda y sus sirvientes y multitud de personas, eclesiásticos y seculares, de los pueblos y haciendas circunvecinas, formaban el numeroso cortejo. Los vecinos de Oacalco y Yautepec encendieron luminarias en sus puertas á fin de disipar las tinieblas de la noche; y no pocos las disiparon también acompañando el cadáver con hachas de viento y velas encendidas, dando con sus semblantes y sollozos claras muestras del dolor que sentían.

A las diez y media de la noche del día 6 se puso en movimiento el tren funerario, compuesto de un vagón abierto, en que venía el cadáver, de un coche-salón, ocupado por la familia del difunto: la señora su hermana, su sobrina y el marido de ésta; el dueño de la hacienda, D. José María Flores, y otras personas íntimas. En otro coche venían los señores que fueron de México y los que desde antes se encontraban en Oacalco al lado de su Ilustrísima. En casi todas las estaciones del tránsito había gente esperando dar el último adiós á su pastor. En la de Ozumba, á donde debió llegarse en el peso de la noche, al detenerse el tren, un grupo de vecinos, y á su cabeza el cura, con velas encendidas en las manos, tocaron una marcha fúnebre, acompañada de un cántico igual; singular demostración de tierno afecto, que á todos conmovió profundamente.

A las 5 y 25 minutos de la mañana llegó el tren á la última estación del ferrocarril Interoceánico, en San Lázaro; no obstante lo incómodo de la hora, no faltaron en número crecido eclesiásticos y seculares, damas y caballeros, que fueran á esperarle. Un tren del ferrocarril urbano esperaba igualmente, para conducir á la catedral el cadáver y á su acompañamiento. No consintieron algunos de los particulares allí presentes que trasladaran el cuerpo de un tren al otro los mozos dispuestos para hacerlo, y ellos le tomaron por sí. El cortejo fúnebre recorrió el camino derecho de San Lázaro á la calle de la Moneda y se detuvo frente á la puerta de la catedral llamada de los Canónigos, á donde llegó 11 minutos antes de las 6. Allí, como en la estación de San Lázaro, los particulares volvieron á tomar la caja mortuoria para conducirla por la iglesia á la sala Capitular. Recibióla el Sr. Pbro. Leonides Pérez, Sacristán mayor de catedral. Fueron colocados los restos bajo un hermoso dosel de tela morada bordado de hilo de oro, y cubiertos con un paño de igual clase. En su tránsito por la iglesia, los acompañaron más de cien personas, con velas encendidas y mucho mayor número sin ellas.

No es grande la sala capitular y está adornada con sobriedad: de las paredes penden sobre la sillería lienzos con los retratos de los Arzobispos que han gobernado esta Arquidiócesi. Para este caso, á derecha é izquierda del dosel se colocaron dos columnas y encima dos hermosos candelabros con más de 20 luces cada uno; á los lados del

féretro dos hileras de cirios y pebeteros, ligados con tiras de crespón negro; cuatro grandes hacheros con gruesas hachas en los ángulos de la sala, completaban su severo adorno.

La guardia de honor fué distribuída de la manera siguiente: Colegio Clerical, Colegio Seminario y Sociedad Católica. La policía, por su parte, para conservar el orden, colocó dos municipales en el cancel de la sala, dos en cada una de las puertas de entrada y salida y uno en la interior.

Desde la hora en que llegaron los restos, comenzaron á celebrarse misas por el alma del finado, siguiéndose en esto el ceremonial de costumbre.

Dos días íntegros, con sus noches, estuvo expuesto el cadáver en la sala capitular: en el intermedio de este tiempo fué trasladado el cuerpo de la caja provisional de madera en que vino, á aquella en que había de descansar definitivamente: era ésta de madera fina, oscura, barnizada, con finas molduras de lo mismo, sustentada por cuatro robustas garras y adornada por fuera en todos los tableros con raso morado, plegado en bollos, que resaltaban sobre las negras molduras que le servían de marco. Un grueso cordón de oro y seda negra rodeaba la caja, formando seis ondas, sujeto en las esquinas y en la parte media de los costados por grandes borlas de igual matiz. Las ondas caían sobre otras tantas agarraderas, de las cuales las cuatro de los lados eran de latón dorado sobre placas del mismo metal, igualmente doradas; las dos de las cabeceras estaban forradas de raso negro con remates dorados. En la orilla de la tapa, sobre la moldura lisa que la formaba, había distribuídas diez coronitas graciosas y finas, del mismo metal dorado, símbolo del arzobispado y de los nueve obispados sufragáneos, que componían entonces la Provincia de México. La tapa era de forma de tumbilla, de tres lados: en el superior, hacia la cabecera, tenía una puertecilla con una cruz dorada, que cubría un cristal correspondiente al sitio que debía ocupar el rostro del difunto. Los lados declives estaban cubiertos por una faja de raso morado, lisa, y en las esquinas cuatro cruces, no grandes, de metal plateado, con una corona dorada, cruzada en los brazos.

En el interior no había menos lujo que en el exterior: estaba toda acolchada y forrada de raso blanco, figurando, en la parte correspondiente, la almohada en que debía descansar la cabeza de aquel inanimado cuerpo. Esta caja fué regalo hecho por los Sres. Ascorve y Gayosso.¹

¹ Los Sres. Gayosso y Ascorve tienen establecida una negociación que consiste en diligenciar todo lo relativo á los enterramientos de las personas que soliciten sus servicios, cobrando por ellos más ó menos según son. En el

El Cabildo celebró oficio de difuntos el día 7 y señaló para los funerales el día 9. Para estos actos convidó mediante esquelas, y la familia por su parte repartió también las suyas.¹

Llegado el día, á las 9 de la mañana en punto fué sacado el cadáver de la Sala Capitular al templo, llevado por todo el interior de él, en procesión formada de todas las parroquias, cantándose durante ella el salmo *Miserere*. En medio de la crujía se tenía dispuesto un catafalco de tres cuerpos: los dos inferiores cubiertos de paños negros, y el tercero imitando mármol, sobre el cual fué colocada la caja mortuoria. A las nueve y tres cuartos dió principio la vigilia, solemnemente cantada por numerosa orquesta, alternando los versos con el canto del coro; á las once comenzó la misa oficiada por el Sr. Deán, acompañado por el capellán de coro, P. Salazar y el P. Mendietta; á las doce y cuarto y á continuación siguieron los responsos, que, según el rito, deben de ser cinco; para ellos bajaron del presbiterio con capas pluviales negras los PP. que celebraron la misa y los canónigos Sres. Capitulares García Alvarez, Estrada, Lara y Vito Cruz, quienes cantaron los cuatro primeros, y el último el Sr. Deán que fué acompañado por la orquesta y el coro, con lo que se dieron por concluídas las exequias, reservando para la tarde del mismo día el entierro y oficio consiguiente.

Eligiéronse para esta función las mejores composiciones de los maestros más acreditados: tales fueron el invitatorio del maestro mexicano Camacho, el salmo *Domine ne in furore tuo* de Mercadante, la lección 6 del maestro mexicano José Bustamante, y así lo demás, con

caso presente nada cobraron, y regalaron, además, la lujosa caja que dijimos. La Compañía de los Ferrocarriles del Distrito, á su vez, rebajó también la tercera parte de lo que acostumbra cobrar en casos semejantes, y en éste asistieron sus principales empleados, lo que no es de uso.

¹ Las esquelas que repartió el Cabildo decían: "El Illmo. Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, Dignísimo Arzobispo de México, falleció ayer á las 9.30 p. m., en la hacienda de Oacalco, del Distrito de Yau-tepec, en el Estado de Morelos.

El Deán y el Cabildo Metropolitano de la Santa Iglesia Catedral lo participan á vd. con profunda pena, y al suplicarle pida á Dios por el alma del ilustre finado, le ruegan se sirva asistir á los funerales, que se verificarán el próximo lunes á las nueve de la mañana, en la misma Iglesia.—R. I. P.—México, Febrero 5 de 1891."

Las de la familia: "El Illmo. Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, Dignísimo Arzobispo de México, falleció ayer á las 9.30 p. m., en la hacienda de Oacalco. Su hermana y sobrinos, al participarlo á vd., imploran sus oraciones y lo invitan para asistir á la misa de cuerpo presente, el lunes 9, en la Santa Iglesia Catedral.—R. I. P.—México, Febrero 5 de 1891.

El duelo se recibe en la Iglesia Catedral y se despide en el Panteón Español.

La comitiva fúnebre partirá de Catedral á las tres y media de la tarde."

una orquesta compuesta de buenos ejecutantes y un coro de las mejores voces. La lección 2 de canto llano causó una impresión profundísima en el auditorio, que escuchaba lleno de recogimiento aquella sentidísima queja que en notas profundas salían de la voz del sochantre.

El sentimiento religioso no poco desarrollado en México, juntamente con la conducta del prelado difunto que en el Arzobispado supo granjearse aprecio común, atrajeron á sus funerales multitud de personas verdaderamente adoloridas por su muerte, y derramaron en la ciudad luto y tristeza. Estaba tendido su cadáver el domingo de carnaval y, siendo, como es, este día tan alborotado y ruidoso en esta ciudad, no faltó concurrencia al paseo, ni ¿cómo había de faltar? pero sí acudió en número notablemente menor que siempre, y en balcones y ventanas de las calles aún de mayor bullicio, se veían cortinas de duelo. Igual cosa ocurrió el lunes, día del entierro, y en las calles que recorrió la comitiva, y no fueron pocas, ni un balcón ni una ventana quedó sin manifestar, aunque fuera por humilde seña, su tristeza. La concurrencia al templo esa mañana fué numerosísima, compuesta de todas las clases de la sociedad: allí se encontraba el pobre, á quien socorría el difunto, allí estaban los hombres á quienes ayudó á formarse, allí los grandes con quienes departía amigablemente. No faltaron, en calidad de particulares, personas del Gobierno, que de oficio no podían asistir: allí estuvieron el Presidente de la República y algunos de sus Ministros, el Comandante Militar de la Plaza, y otros varios, que no es fácil enumerar. El Cuerpo Diplomático extranjero, viendo este sentimiento general, se asoció á él y honró con su presencia las exequias.

Las tres y media de la tarde era la hora citada para el entierro: pero desde mucho antes, una compacta muchedumbre se había agolpado al frente y costado Poniente de la catedral. Servía de féretro el mejor carro mortuorio de la Compañía de Ferrocarriles del Distrito, adornado de colgaduras, flecos, cordones, borlas y hermosos penachos de plumas, todo negro, tirado por seis caballos, igualmente negros, cubiertos desde la cabeza y orejas todo el cuerpo, con redes blancas, que llegaban casi al suelo, conducidos del diestro por seis palafreneros vestidos de rigurosa etiqueta. Estaba este carro en la calle primera de Santo Domingo, para que fuese al lado del cadáver, porque se había dispuesto que el duelo fuese á pie hasta la iglesia de San Lorenzo, y allí se colocara el cadáver en el carro y los acompañantes subieran á cincuenta coches de los ferrocarriles, que adornados de cortinas blancas en las vidrieras y negras en las puertas, con criados de luto, estaban distribuidos en las calles adyacentes, para seguir sin demora por la misma calle, la de la Concepción

y Mariscal, hasta el cementerio español, en donde se le dió sepultura.¹

A las tres y media en punto fué abierta la puerta de la catedral del costado del Empedradillo. Salieron primeramente algunos sacerdotes y los particulares que querían llevar en sus hombros la pesada caja; venía en seguida el cuerpo, y como principales dolientes, el Presidente de la República, General Díaz, el Deán de la catedral, el Ministro de Gobernación y el Gobernador del Distrito Federal, acompañados de multitud de personas y de no pocos miembros de la Colonia española, que en este caso se manejó con su no desmentida hidalguía.

El cortejo, bien formado en el interior del templo, no pudo con-

¹ Dado el estado violento y delicado en que se hallan las relaciones entre la Iglesia y el Estado en México y, por otra parte, ciertos antecedentes del Sr. Labastida, éste acontecimiento fué glosado de maneras diferentes; desfavorables las unas á la memoria del finado, y las otras al Gobierno de la República. Bien informados del caso por las personas mismas que trataron este negocio, casi á nuestra vista, podemos nosotros colocar la verdad en su puesto.

Fué voluntad del difunto que se sepultara su cadáver en la iglesia de la Colegiata de Guadalupe; mas como las leyes de policía vedan los enterramientos en el interior de los templos por temor á los males que se imaginan que produce la descomposición cadavérica, no era cosa llana el que se cumpliera su voluntad. Sin embargo, el señor Deán, impulsado por su deber y por sus propios afectos, y el Sr. Lic. D. Vicente Parada, amigo del difunto, por los suyos, dieron pasos encaminados á conseguir una excepción de la ley, sobre el fundamento de que los cadáveres embalsamados están libres de descomposición pútrida. El negocio era lento, porque exigía informes del Consejo de Salubridad, y ni á éste ni á los otros trámites previos podía darse curso aquel día, por ser de fiesta política, como aniversario de la promulgación de la Constitución que rige. En medio de esta demora se entreveía un resultado favorable cuando el señor Deán recibió una carta del Pbro. Don Antonio Plancarte, que á todos sorprendió, y aun disgustó, en la cual decía que el cadáver del señor su tío sería sepultado en el camposanto español. El P. Plancarte, por impaciencia, por ligereza, ó no sabemos por qué motivo, se dirigió el mismo día 5 al Sr. D. Ricardo Sainz, suplicándole que le cediese un lugar en la cripta que para su familia tiene en dicho cementerio, á lo que el Sr. Sainz accedió gustoso. Sabido esto por la *Sociedad de Beneficencia Española*, en sesión extraordinaria del mismo día en la noche, acordó poner un telegrama al Sr. Toriello Guerra, que se hallaba en Cuautla, para que pasase á Oacalco á ofrecer á la familia del finado un lugar en el espacio que tiene destinado para sus miembros honorarios en el cementerio, el cual fué aceptado. Por su parte, el Sr. D. Saturnino Sauto mandó ofrecer también un espacio en su cripta. La mancha, pues, de haberse cubierto las cenizas del Arzobispo de México con un pabellón extranjero, no recae sobre el difunto, ni sobre su iglesia, ni menos sobre el Gobierno mexicano. Esto no quita que los mexicanos estemos muy reconocidos á la benevolencia con que la colonia española guarda los restos de su prelado.